

Medio	LA SEGUNDA - VIERNES
Fecha	21/10/2016
Mención	Por qué la calle y no las urnas. Habla Alexis Cortés, académico del Departamento de Sociología de la UAH.

POR QUÉ LA CALLE Y NO LAS URNAS

En los últimos años, miles de ciudadanos del mundo han salido a marchar, molestos e insatisfechos. Los cuestionamientos al escenario político, a la desconfianza en las autoridades y una profunda falta de representatividad, los ha llevado a hacer de la protesta su principal mecanismo de expresión. Pero si parecen estar cada vez más interesados en hacerse parte del debate, ¿por qué es tan alta la abstención? La desconexión entre la política institucional y una nueva cultura social politizada es cada vez más evidente, y este domingo se pondrá otra vez a prueba cuando los chilenos vayan, o no, a votar.

Por Daniela Pérez G.
Fotos: Sabino Aguad
Ilustración de portada: Edith Isabel

El domingo pasado, la Alameda sirvió como escenario para gritarles a las autoridades "No + AFP". Y este miércoles, la principal avenida de Santiago se volvió a transformar, con más de 50 mil personas que llegaron a decirle al mundo #NiUnaMenos. Una protesta para manifestar su profundo rechazo a la violencia de género, gatillada por los horribles crímenes ocurridos en el extranjero y también en nuestro país. Carteles cubiertos de imágenes de mujeres violentadas, consignas repudiando el femicidio, y llamados a crear conciencia por el respeto y la dignidad de la mujer son escenas que se repitieron en otras 22 ciudades chilenas, así como también en Argentina, Uruguay, Paraguay, Bolivia, Guatemala, México, Francia y España. Y son señal de cómo la ciudadanía global ha hecho de la calle el lugar donde expone sus ideas y su malestar.

Pero esta misma semana, la participación ciudadana es desigual. Ad portas de las elecciones municipales de este domingo, el temor por la abstención es unánime: los estudios auguran que podría llegar a un 65%.

Que la gente salga semana a semana a manifestar su descontento, sus deseos y sus ganas de participar en el debate público es, para algunos teóricos, la evidencia de que en los últimos años se vive una mayor politización. Pero si es así, ¿por qué, entonces, no votan?

La científica política Claudia Heiss, en el foro *Si nadie vota, ¿cómo cambiamos las cosas?*, organizado por la Vicerrectoría de Extensión de la Universidad de Chile y la Fundación Ciudadano Inteligente, lo resumió en una frase: "Nuestros sueños no caben en sus urnas".

La principal razón es el distanciamiento y la falta de identificación que los ciudadanos sienten con la política institucional. Y una de las formas más evidentes de expresión de esta desconexión es la alta abstención en las elecciones: no votar pareciera ser la manera en que la gente le dice a los políticos que no los representan. Más aún a partir del voto voluntario en 2012.

Así lo demuestra la IV Encuesta Auditoría a la Democracia publicada por el PNUD en septiembre. "A pesar de que los chilenos continúan valorando la democracia como la mejor forma de gobierno (6 de cada 10), se muestran cada vez más críticos respecto a su funcionamiento(…) La distancia y falta de identificación han aumentado de manera sistemática: quienes no se identifican con ninguna posición política pasó de un 34% (2008) a un 68% (2016). A la vez, quienes no se identifican con ninguno de los partidos políticos existentes aumentó de un 53% (2008) a un 83% (2016) y casi 9 de cada 10 chilenos consideran que tanto el Congreso como los partidos políticos realizan muy mal o mal la función de representar los intereses de los ciudadanos".

Lo anterior, concluye la misma encuesta, es una de las expresiones de un sistema de representación tensionado, que ha ido perdiendo legitimidad paulatinamente. Y los mismos actores del sistema lo saben. Candidatos

a alcalde que hoy se reúnen con los vecinos y les dicen: "Señora, no se preocupe, yo no soy político", son la más clara evidencia de que la expresión colectiva de descontento tiene nombre y apellido. Lo mismo los miles de folletos que reparten en las calles, donde ya ni se apela al partido político que cada aspirante representa.

"Hay una fractura como no había pasado nunca en la historia reciente de Chile. Una radical ruptura entre lo social y lo político", afirma el abogado, académico de la Universidad de Chile y precandidato presidencial Fernando Atria.

¿ES LA CALLE UNA NUEVA MANERA DE ENTENDER LA POLÍTICA?

Según el Doctor en Sociología Geoffrey Pleyers, lo es. Este investigador de la Universidad Católica de Lovaina, Bélgica, lleva más de una década estudiando las nuevas formas de activismo en el mundo, y vino a presentar parte de su trabajo en una conferencia en la Universidad Alberto Hurtado.

"En Europa se hablaba mucho de la baja participación política de los jóvenes. Pero decían eso cuando las calles estaban llenas. ¿Cómo, entonces, dicen que no se interesan? Esto tiene que ver con la idea de que existe una división entre la política, que se hace en un espacio público formal y donde se vota, y la vida privada, que está completamente separada. Eso nunca ha sido cierto. Menos ahora. Para estos jóvenes, la concepción de sí mismos, de la amistad y de su vida diaria se mezcla con el activismo. No es que seas un actor político cuando sales a la calle y cuando te tomas un café dejas de serlo", dice Pleyers. "Estos jóvenes no se sienten ciudadanos del mañana en formación, sino que actores de la política actual. Es una forma de activismo propia del siglo XXI y no corresponde a algo pasajero", agrega.

A juicio del sociólogo belga, conforman movimientos que proponen una manera diferente de pensar la política, progresistas, y que la política clásica o más tradicional no considera en sus análisis. Él los agrupa y bautiza como "altermundialistas", porque buscan alternativas a problemas derivados de la globalización: el dominio del modelo económico neoliberal, el cambio climático y las diversas crisis medioambientales que el mismo modelo, dicen, ha provocado.

Esta cultura política se visibilizó mundialmente en 2011. Un año que marca un hito, porque simultáneamente se viven procesos de movilización potentes en distintos países y ciudades, con incomparables niveles de impacto político y social. En Medio Oriente recibieron el nombre de Primavera Árabe, derribaron dictaduras en Túnez, Egipto y Libia, y sacudieron los regímenes de Siria, Yemen y Baréin. En Europa los llamaron Indignados y en Estados Unidos se conocieron como el movimiento Occupy.



A este manifestante no le interesa que lo conozcan por su nombre, sino por su cuenta en Twitter: Hemos dicho basta (@esasinomats), donde expresa su apoyo a las demandas colectivas que hoy mueven al país.

Chile también vive un hito ese 2011. Manifestaciones en contra de Hidroaysén, de la centralización, por el conflicto mapuche y, las más emblemáticas y recordadas, las del movimiento estudiantil, cambiaron la cultura política en los ciudadanos: "En el caso chileno, la ganancia de 2011, más allá de los logros materiales que el movimiento tuvo, fue que permitió cuestionar un concepto que estaba casi cristalizado: el lucro en la educación. Es el primer momento en que en el país se discute un valor simbólico fuerte de la sociedad", dice la socióloga Natalia Miranda, que actualmente está realizando su tesis doctoral en movimientos sociales en Chile, en la Universidad Católica de Lovaina.

"La irrupción de los actores sociales a partir de 2011 es un sinónimo del retorno de la política, porque es empoderar a las personas, afirmar la voluntad de que la sociedad es capaz de construirse a sí misma. No necesito un doctorado para intervenir ni haber estudiado en Chicago para pensar cuál es la mejor manera de organizarnos, de resolver el problema de la vejez o el de la educación", dice el sociólogo y director del Magister en Sociología de la Universidad Alberto Hurtado, Alexis Cortés.

¿QUÉ PROPONEN LOS MOVIMIENTOS?

"Esta no es la primera vez que venimos. Estoy con mi mamá, mi hermana y unos amigos. Estudiamos Trabajo Social, y nos parece que este sistema está pésimo. Es un tema que conversamos mucho y por el que seguiremos saliendo a protestar", dice Brian Escobar (20) mientras marcha con una máscara de calavera por la Alameda, en la última convocatoria "No + AFP", el domingo pasado. Entre gritos que aseguran que "Chile despertó", que "el descontento se siente en la gente" y que "Chile dice no más", miles caminan bajo una inesperada lluvia primaveral para manifestar su rechazo al sistema de pensiones. Rechazo que en las consignas que se leen en los carteles apunta mucho más allá del modelo de previsión, sino que más bien apela a un sentimiento de insatisfacción generalizado.

Uno de los principales argumentos para quienes critican estas movilizaciones es: salen a quejarse, a exigir, ¿pero qué proponen?

Para algunos analistas a la calle no se le puede pedir las respuestas o las soluciones a sus propias demandas. "Es absurdo esperar que la marcha

produzca una solución. La marcha es el momento de la negatividad. Del 'no', 'no más', 'no más educación de mercado', 'no + AFP', 'no más salud privada', etc. El sistema político tiene que ser capaz de procesar esa demanda, transformar esa negatividad en positividad. Eso es lo que se espera de él. Como en la práctica el sistema político no lo realiza, absurdamente, se lo exige a la marcha como condición de racionalidad y eso es lo más imbécil que hay. Eso es no entender nada de nada", dice el abogado Fernando Atria.

Desde la perspectiva del "altermundialismo", los activistas no tienen la intención de proponer respuestas. Es más, asumen que no las tienen. "Los activismos hoy son la búsqueda de un cambio sin certezas ni manifiestos. Se construyen alrededor de la experiencia, de lo que siente y vive el ciudadano y, en esto, la lucha es vista como un proceso de experimentación", dice Geoffrey Pleyers.

En ese espacio práctico, entonces, los ciudadanos prueban distintas alternativas de democracia que complementan la actual y empoderan a la ciudadanía. Pleyers, en su análisis, distingue cuatro tipos de activismos, cada uno representando a esas democracias. La primera es la 'directa', que se refiere a movimientos como el de los Indignados, que surgen por el efecto de la crisis y exigen un modelo más horizontal, en el que todos debaten. La segunda es la 'responsable', representada por movimientos medioambientales, cuya idea es que sus propias prácticas cotidianas sean coherentes con los valores que se les exige al sistema político. La tercera es la 'deliberativa', construyen su credibilidad y legitimidad en base a la calidad de su experticia en diferentes temas que les permite desafiar a las instituciones con medidas concretas. Y, finalmente, la de 'protesta', que se enfoca en convocar masivas movilizaciones que le hagan un contrapeso o desafien el poder del sistema político.

¿QUIÉNES SON LOS QUE MARCHAN?

En las movilizaciones convergen todos los tipos de activismo que Pleyers distingue. Esto, debido a que una de sus características distintivas es su heterogeneidad. No se trata de un gran grupo organizado que piensa exactamente igual, que decide reunirse un día, a una cierta hora y sigue un calendario de protestas, a las que siempre llegan. Son distintas

agrupaciones, de todos los sectores sociales y edades, que desde los barrios, y sobre todo las redes sociales, se juntan sin haberse visto antes. "Todo el mundo está llamado a marchar, independiente de su pertenencia política, si votó en las últimas elecciones o no, si trabaja o no", dice Miranda.

Por esto tampoco sería correcto, dicen los expertos, vincular estos movimientos sólo a los jóvenes. "Las demandas se traspasaron a todos los miembros de la sociedad. Hoy se pueden ver familias, colectivos con causas propias como los Ciclistas Furiosos, quienes piden igualdad de género, feministas, ecologistas, vegetarianos", dice Camila Ponce, socióloga y académica experta en movimientos sociales de la Universidad Central, sede La Serena. "Esto es lo interesante, porque es una politización de toda la sociedad".

Las redes sociales son una herramienta importante en el alcance e influencias del movimiento. Primero, porque sacan la marcha de la calle y la viralizan con el mundo. "De manera *online* los ciudadanos comunes y corrientes comparten información, se educan en el tema y se informan entre ellos. Un ejemplo de esto es ese meme que dio vueltas en Facebook, donde se comparan las ganancias de las AFP con las de los trabajadores", explica Miranda. Pero también sirven para hacerlas más masivas, como reconoce Ponce, que asegura que a través de ellas se fortalecen los vínculos entre los participantes, se generan relaciones de confianza y eso se puede traducir en un mayor éxito en la convocatoria.

El carácter heterogéneo de las marchas también les ha permitido a los movimientos encontrar nuevos repertorios de acción: maneras creativas de llamar la atención dentro de la marcha y fuera de ella. Ejemplo de ello son los *flash mobs* que hizo el movimiento estudiantil de 2011. El más recordado, el "Thriller por la educación", en el que cientos de jóvenes llegaron a La Moneda, aparentemente de forma espontánea, y frente a ella bailaron la coreografía de Michael Jackson para transmitir su mensaje a una audiencia desprevenida.

"Estos nuevos repertorios permiten movilizar a nuevos jóvenes y líderes anónimos y menos politizados. En la adaptación de este tipo de performances callejeras los estudiantes fueron capaces de expresar su malestar, apropiarse de la política y ser creativos al mismo tiempo", explica Camila Ponce. Hoy, esas innovaciones se pueden ver en convocatorias en días poco tradicionales, como los domingos, o en horarios poco asociados a estos eventos.

La diversidad de actores en la marcha, sin embargo, también plantea desafíos. El más interesante, según Miranda, es la fluidez del compromiso social: "Esto se refiere a que una persona no tiene el deber de estar en todas las marchas. Tampoco está supeditada por su participación anterior en partidos políticos o si pertenece a un grupo u otro. Y esta fluidez, lo que le permite al manifestante, es participar en una marcha y no ir a la siguiente si no quiere, o no puede". Esto, si bien es visto como un valor para el activista, también le quita fuerza al movimiento y pone en riesgo su efectividad en el largo plazo.

ESCUCHAR A LA CALLE

La apatía electoral que afecta a Chile también es un fenómeno que golpea a los gobiernos de todo el mundo. El triunfo del "No" en el "plebiscito por la paz" celebrado en octubre pasado en Colombia, se asegura, es resultado de la alta abstención que tuvo el proceso. Sólo un tercio del electorado acudió a votar. Y ese mismo día, en Hungría, el referendo promovido por el gobierno sobre las cuotas de refugiados en la Unión Europea quedó nulo por la bajísima participación, lejos del 50% que se exigía como mínimo.

¿Cómo se vuelven a conectar los ciudadanos con la política institucional? Reconstruyendo puentes. "La disociación entre lo político y lo social está clara, pero esos espacios donde antes se encontraban se pueden recuperar y ya hay puentes indirectos", dice Alexis Cortés. Señal de ello es que los movimientos sociales han instalado debates en el mundo político que de otra manera no se producirían. El movimiento estudiantil logró que la petición de gratuidad en la educación se transformara en una reforma que, en su construcción, incorporó a representantes del mismo movimiento. También alzó nuevos líderes que, ahora inmersos en la política institucional, deberían representar esta nueva manera de pensar la política. Y en la actualidad, dice Cortés, hay que tratar de generar las condiciones para multiplicar ese tipo de incidencias.

Claudia Heiss, que se desempeña en el Instituto de Asuntos Públicos de la Universidad de Chile, cree que un primer paso para esto es que no haya bloqueos sistemáticos en los sistemas institucionales de representación. "Que, por ejemplo, no suceda que la presencia de las mujeres en el Senado sea de un 3% cuando un 51% de la sociedad está compuesto por mujeres. O que los representantes no provengan todos de los mismos cinco colegios. Esto es clave para acortar esta brecha que hay entre representantes y representados", asegura.

El constitucionalista Fernando Atria apunta a una medida más profunda: "Necesitas una nueva cultura política institucional. ¿Y cómo se crea? A través de un evento político transformador, como sería la creación de una nueva Constitución por Asamblea Constituyente. Yo esperaré, entonces, que quienes desarrollaron sus carreras políticas bajo la república binominal queden fuera".

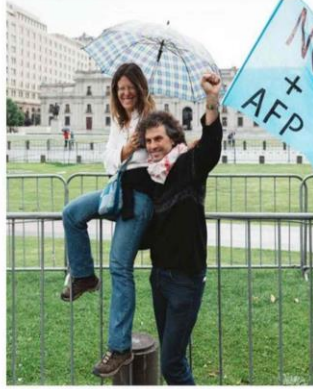
Pero el desafío de que la politización ciudadana se traduzca en la esfera donde se toman las decisiones no sólo depende de la institucionalidad política. También está en manos de los ciudadanos. "No basta con tener elecciones limpias, periódicas y competitivas", dice Heiss. "También es necesaria una sociedad civil que esté en permanente interacción con las instituciones. La democracia necesita participación, deliberación y representación. Porque se puede criticar a los candidatos, rechazar las opciones que les ofrece el sistema político, decir 'no me gusta ninguno' y anular el voto. Pero también hay que participar, deliberar, actuar como ciudadano responsable. Si no lo hacemos, la política no va a desaparecer. Sólo se hará menos democrática".



Izquierda: El belga Geoffrey Pleyers, doctor en Sociología, lleva más de una década estudiando las nuevas formas de activismo en el mundo. Derecha: El abogado y académico de la Universidad de Chile Fernando Atria.



El diputado Giorgio Jackson.



Los ciudadanos franceses Julie y Franck.



Benjamin Moreno, Tamara y Javiera del Campo.



El publicista Jorge Cassis.



Agrupación Indignados de la Región Metropolitana.



La diversidad de discursos.



Cristián Adriaola: "Siempre estoy en todas las marchas".



Del movimiento Furiosos Ciclistas: Priscilla Parra, Paulina Herrera, Patricia Araya y Andrés Olivares.



La oferta del comercio ambulante.

En la última marcha "No + AFP" se reunió un diverso grupo de personas para manifestarse. Desde partidos políticos como Revolución Democrática, liderado por Giorgio Jackson; colectivos sociales como los Furiosos Ciclistas, que se sumaron a la causa y expusieron sus propias demandas, hasta extranjeros y ciudadanos comunes y corrientes, todos llegaron a compartir su descontento y manifestar su indignación por el sistema de pensiones. Familias, amigos, parejas, todos buscaron maneras llamativas de mostrar sus ideas, con carteles originales, máscaras, disfraces y las banderas oficiales del evento. También lo hicieron los vendedores y el comercio ambulante, que llenó la calle con su oferta.

“Las demandas de los movimientos se traspasaron a todos los miembros de la sociedad. Hoy se pueden ver familias, colectivos con causas propias como los Ciclistas Furiosos, quienes piden igualdad de género, feministas, ecologistas, vegetarianos”, dice Camila Ponce, socióloga y académica de la Universidad Central. “Y esto es lo interesante, porque es una politización de toda la sociedad”.